

nos ocultan por un momento el cielo, con el transcurso del tiempo acaban por purificar nuestra miradas, y ora exista la desesperacion en nuestros corazones, como resultado del racino; ora provenga de exacerbacion de sentimientos, encuentra todas las contestaciones que puede apear, tecer, en las hermosas palabras impregnadas de ternura: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

turaliza el poder de conducir las cosas á su término, y substituyendo á las de la Providencia sus fuerzas ciegas, presta apoyo poderosísimo á estas debilidades acusadoras. Oportunamente nos ocuparemos con la detencion debida de ese naturalismo que elimina á Dios creador y conservador: mas entretanto no podemos prescindir de contestar á la tentacion del hombre desgraciado que no cree en la proteccion divina, por la sencilla razon de que padece ó de que hay otros que padece menos que él. Para esclarecer y poner de bulto tamaño infortunio, juzgamos indispensable poner de manifiesto la maravillosa economia de la Providencia: 1.º sobre la distribucion de los bienes y de los males en general; 2.º sobre la prosperidad de los malvados en particular.

¿Existe una voluntad inteligente y justa que presida á la reparticion de los bienes y de los males, sea en nuestra primera, sea en nuestra

segunda existencia? ¿Existe un punto culminante desde el cual pueda penetrarse así en lo más oscuro, como en las regiones más esplendentes de semejante designio? Bossuet se elevó un día á esas alturas sublimes, y ante el espectáculo de las bellísimas perspectivas que se ofrecían á su penetrante mirada, no pudo menos que prorumpir en himnos de júbilo, dictados por la más sublime inspiración, himnos que vamos á reproducir, y que con ser un bellísimo y acabado fragmento oratorio, valen más aún en el concepto de constituir una apología, presentada bajo las formas de una inspiración profética.

«Leemos en la Historia sagrada (1) que habiendo el rey de Samaria levantado un castillo que tuviera en alarma y continuo sobresalto todas las defensas del rey de Judea, este reunió á su pueblo y llevó á cabo tan poderoso esfuerzo contra el enemigo, que no solo destruyó la fortaleza samaritana, sino que aprovechó los materiales de la misma para levantar en las fronteras de su reino dos grandes torres ó castillos que le dieran mayor seguridad.

«Por mi parte he resuelto llevar á cabo una empresa á esta parecida, proponiéndome como modelo para mi ejercicio pacífico este hecho militar. Los libertinos tienen guerra declarada á

Divina Providencia, y no encuentran cosa alguna superior y de más fuerza contra la misma, que la distribución de los bienes y de los males que les parece injusta é irregular, sin que exista diferencia entre los buenos y los malos. En este punto se hacen fuertes los impíos como en fortaleza inexpugnable, y desde ella, lanzan sus tiros envenenados contra la Sabiduría que rige al mundo, falsamente persuadidos de que es un testimonio de la manera injusta como procede, el desorden aparente que reina en las cosas humanas. Derribemos las altas murallas tras las cuales se baten esos nuevos Samaritanos, y demostrémosles que lejos de perjudicar á la bondad de la Providencia esta desigual distribución de los bienes y de los males en el mundo, contribuye más y más á que se haga más patente. Demostremos también, fundándonos precisamente en este desorden, que existe un orden superior, al cual, en virtud de una ley inmutable, está todo subordinado, y con las ruinas de la fortaleza de Samaria, levantemos las torres que han de ser nueva defensa para las fronteras del reino de Judá.

«El teólogo de Oriente S. Gregorio Nacianceno, contemplando la belleza del mundo, en cuya estructura se ha mostrado Dios tan sabio y

tan magnífico, llámale elegantemente en su lengua, placer y delicias de su Creador (1). Había aprendido en Moisés que á medida que el divino arquitecto adelantaba en la construcción de ese edificio inmenso, contemplaba admirado cada una de sus partes: «Dios vió que la luz era buena (2);» que al dar por terminada su obra encarecióla de nuevo considerándola «perfectamente bella (3)» y por último, que había experimentado el júbilo más inmenso en la contemplación de su propia obra. Por lo dicho no debe suponerse en manera alguna que Dios tenga un punto de semejanza con los obreros mortales, que por lo mismo que se apenan no poco en la realización de sus empresas, y están temiendo siempre por el éxito de las mismas, experimentan íntima y natural satisfacción al ver terminada una obra que les libra de fatigas y asegura su buen nombre. En cuanto á Moisés juzgando las cosas desde un punto de vista más elevado y con un pensamiento superior y previendo que había de llegar un día en que los hombres ingratos no vacilaran en negar la Pro-

(1) Reyes, X 17, 22.

(2) Orat., XLV, l. 1. p. 557.

(3) Génesis, I, 4.

videncia que rige los destinos del mundo, nos revela y pone de manifiesto que Dios está desde el comienzo plenamente satisfecho de la obra maestra que creó con sus manos, para que, siendo para nosotros el placer que experimentó en formarla, prenda segura del cuidado que en conservarla y dirigirla ha de poner, no pueda asaltarnos en tiempo alguno la duda de que no ha de inspirarle el menor afecto el régimen de lo que con tanta placer llevó á cabo, y que juzgó verdaderamente digno de su profunda sabiduría.

«En consecuencia debemos comprender que el universo en general y especialmente el género humano, constituye el reino de Dios, que rige y gobierna personalmente por medio de leyes inmutables por él mismo establecidas y nos consagraremos á meditar los secretos de esta política celeste que rige la naturaleza entera, y que encerrado en su órden la inestabilidad de las cosas humanas, no pone ménos atención en los accidentes que son propios de la vida de los individuos, que en los grandes, y memorables acontecimientos que deciden de la fortuna de los imperios.

«Cuando considero la disposición de las cosas humanas confusa, desigual, irregular, no puedo

menos que compararla á ciertos cuadros que pueden exhibirse en los gabinetes de los curiosos, como un nuevo juego de perspectiva. A la primera mirada sólo distinguimos rasgos informes y una mezcla confusa de líneas y colores, que mas bien parecen ensayo de aprendiz ó juego de niño, que trabajo producido por una mano maestra. Mas en el instante mismo en que el que está enterado del secreto, lo coloca del modo conveniente agrúpanse de cierto modo todas las líneas desiguales, la confusion desaparece, y vése aparecer un rostro con todos sus lineamientos y proporciones, donde no existia antes apariencia alguna de forma humana. Pues bien, semejante mecanismo se me figura que puede darnos una idea bastante exacta de lo que sucede con la imágen del mundo, de su confusion aparente y de su orden oculto, de ese orden y proporcionalidad que jamás podemos distinguir, como no sea contemplado aquel por un punto determinado, que nos pone de manifiesto la fé en Jesucristo.

«He visto, dice el Eclesiastés (1), un desorden extraño debajo del sol: he visto que por pun-

(1) Génesis, 1. 4.

to general no se confia el correr á los más diligentes, ni los negocios á los más prudentes, ni la guerra á los más valerosos, sino ser el azar y la ocasion los que dan todos los empleos, los que arreglan todas las pretensiones.

«He visto, que lo mismo acontece al hombre de bien que al malvado, al que hace sacrificios, que al que blasfema.

«Casi todos los siglos se han lamentado de haber visto triunfante á la iniquidad, y á la inocencia afligida; mas en cambio y para que se vea que no hay nada que pueda considerarsó como base segura, tambien en muchas ocasiones ha podido contemplarse la inocencia ocupando el trono, y á la iniquidad subiendo al cadalso. En suma que existe en el cuadro verdadera confusion, y que los colores se han puesto á lo que parece al azar, y sin más objeto que manchar la tela ó el papel.

«En vista de esto el libertino que carece de reflexion exclama: esto es una confusion, aquí no hay orden, y luego por lo bajo, en el fondo de su corazon añade, aquí no hay Dios, y si lo hay, preciso es convenir en que abandona la vida humana al capricho de la suerte. Poco á poco desgraciado, refrenad vuestra imaginación, y no juzgueis tan precipitadamente en asunto de

tanta importancia. Acaso lo que juzgais confusion es un mecanismo secreto, y mientras no lo greis dar con el verdadero punto de vista, desde el cual deben contemplarse las cosas, no veréis rectificadas todas las desigualdades, ni que aquello que juzgais confusion y desórden es resultado de la sabiduría más profunda.

«Sí, si: este cuadro tiene su especial punto de vista para ser contemplado; no os quepa en ello la menor duda, y el mismo Eclesiastes que nos ha revelado la existencia de la confusion, nos conducirá al lugar desde el cual nos será dado distinguir el órden que reina en el mundo. «He visto, dice, debajo del sol, á la impiedad ocupando el lugar del juicio, y á la iniquidad allí donde debia estar la justicia.» Es decir, si no nos equivocamos, á la iniquidad en el tribunal, á la iniquidad ocupando el s6lo destinado á la justicia. No cabe mayor elevacion ni ocupar un lugar más indebido. ¿Qué debia pensar Salomon en vista de semejante desórden? Que Dios abandonaba las cosas humanas á sí mismas, sin haber quien las dirigiera. Esto parece á primera vista; mas despréndese todo lo contrario de las palabras de tan sabio príncipe, cuando ante el espectáculo de semejante trastorno exclama: «Inmediatamente he dicho en el fondo de mi cora-

zon: Dios juzgará al justo y al impío, y ent6nces acabará el tiempo de cada cosa (1).

«Hé ahí un raciocinio digno del más sabio de los hombres: descubre en el género humano una extremada confusion, y vé en el resto del mundo un órden maravilloso; presume que es imposible que nuestra naturaleza, única que Dios ha criado á su semejanza, sea la única que abandone al azar, y convencido con razon de que debe reinar el órden entre los hombres, al ver que no se encuentra aún establecido, concluye necesariamente que el hombre debe esperar algo. Aquí se encierra todo el ministerio del consejo de Dios; tal es la gran razon de Estado de la política del cielo. Dios quiere que vivamos en el tiempo esperando perpétuamente la vida eterna; nos establece en el mundo dónde nos pone de manifiesto un órden admirable para evidenciar nos que su obra está sabiamente dirigida, dejando de intento cierto aparente desórden, para que comprendamos que no ha dado aún la última mano. ¿Para qué? Para mantenernos constantemente en la expectativa del dia grande de la eternidad, en el cual en virtud de una decision

postrera é irrevocable, serán todas las cosas debidamente apartadas, y separada una vez más la luz de las tinieblas, puestas en virtud de un postrer juicio la justicia y la impiedad en el lugar que les corresponde. «Y entónces, dice Salomon, habrá llegado el tiempo de cada cosa.»

«Abrid, pues, los ojos, mortales: Jesucristo es quien os exhorta en el admirable discurso que se lee en el capítulo VI de San Mateo y en el XIII de San Lucas de los cuales vamos hacer una paráfrasis. Contemplad el cielo y la tierra y la sabia economía de este universo: ¿puede imaginarse nada mejor dispuesto que este edificio? ¿Existe cosa alguna más bien prevista que esta familia? ¿Hay nada mejor gobernado que este imperio? Este poder supremo que ha construido el mundo y que nada ha hecho que no sea muy bueno, ha creado sin embargo seres más perfectos y mejores unos que otros. Ha creado los cuerpos celestes que son inmortales, y ha dado vida á las criaturas terrestres que estan destinadas á perecer: ha creado animales de desmesurada corpulencia, y pájaros é insectillos cuya pequeñez excede á toda ponderacion: ha producido los árboles gigantescos que son preciado adorno de las selvas, y que subsisten durante siglos y más siglos, y las florecillas

del campo que nacen y mueren con el sol del mismo día.

«Hay desigualdad en sus criaturas, porque esta misma bondad que ha dado á las más nobles, no ha querido enviar á las que lo son ménos; mas su providencia alcanza lo mismo que á las inferiores á las superiores. Proporciona alimento á los tiernos pajarillos que todos las mañanas le saludan con sus trineos melodiosos, y á las flores, cuya belleza y lozantía se marchitan en breves horas, las viste con tan preciosos colores, durante los cortos instantes de su existencia, que Salomon, en medio de sus pompas y esplendores, no tuvo nada comparable á tanto ornamento. ¡Y vosotros hombres, creados á su imágen iluminados con la luz del entendimiento, llamados á disfrutar de su reino, ¿podeis imaginar que os olvide y que seáis los únicos entre todas criaturas, sobre los cuales no tienda la mirada protectora de su providencia paternal? «No sois, por ventura, superiores á ellos?» Si llama vuestra atencion un aparente desórden, si presumís que la recompensa para la virtud se hace aguardar mucho tiempo, y que el castigo no sigue muy de cerca al vicio, pensad en la eternidad de este Sér primero; sus propósitos, sus designios formados y concebidos en el seno in-

menso de esta eternidad inmutable, no dependen ni de los años ni de los siglos, que como momentos ve pasar adelante de sí, y que es menester la duracion entera del mundo para desenvolver completamente las órdenes de tan profunda sabiduría.

«Y nosotros, mortales miserables, quisiéramos ver cumplidas todas las promesas de Dios, en el brevísimo periodo de nuestros días! ¡Porque nosotros y nuestros consejos, estamos limitados á un tiempo tan reducido, quisiéramos que el Infinito se encerrara tambien dentro de los mismos límites, y que en tan breve espacio desplegará cuánto su misericordia prepara á los buenos, y su justicia tiene destinado á los perversos (1)! ¡Oh! esto no seria justo. Dejemos que el Eterno obre segun las leyes de su eternidad, y léjos de pretender que se reduzca á nuestras dimensiones, trabajemos en alcanzar su extension.

«Si logramos hacernos capaces de esta dicha libertad de espíritu; si medimos los consejos de Dios segun la regla de la eternidad, contemplaremos sin impaciencia esta mezcla confusa de

(1) San Agustín.

las cosas humanas. Ciertamente que Dios no ha establecido áun diferencia entre los buenos y los malos; mas proviene esto precisamente de que ha fijado de antemano un día para ello, y en él la pondrá de manifiesto á la faz del mundo entero, y este día será aquel en que se haya completado el número de los unos y de los otros. Esto es lo que ha hecho pronunciar á Tertuliano esas excelentes palabras: «Como Dios ha permitido el juicio á la consumacion de los siglos, no precipita el discernimiento que es condicion indispensable del mismo. Muéstrase casi igual sobre toda la naturaleza humana, y los bienes y los males que envia entre tanto á la tierra son comunes á sus enemigos y á sus hijos (1).»

«Si, solo la misma verdad pudo dictar á Tertuliano tan elocuentes como inspiradas palabras: Póngase la atención en el pensamiento. «Dios no precipita el discernimiento. «Precipitar la resolucion de los asuntos, es propio únicamente de la debilidad que se ve precisada á apresurar la ejecucion de sus designios, porque depende de las ocasiones, y estas ocasiones son, por punto general, momentos contados, cuya rapidez y

(1) Apol. p. 41 p. 37.

brevedad exigen que procedan precipitadamente los que se ven obligados á sujetarse á los mismos. Pero Dios, que es el árbitro del tiempo, y que desde el centro de su eternidad desenvuelve todo el órden de los siglos, que conoce su omnipotencia y que sabe que nada puede escapar á su soberano poder, no tiene por qué apresurarse en sus determinaciones! Sabe que la sabiduría no consiste en obrar rápidamente, sino en hacer las cosas con la debida oportunidad. Permite que los locos y los temerarios censuren sus procedimientos; pero no juzga que deba modificar sus resoluciones por los rumores de reprobacion que deban suscitar. Bástale con que sus enemigos y sus servidores esperen humildes y temerosos la llegada de su día: en cuanto á los demás, sabe perfectamente donde debe aguardarles, y que esia previamente establecido el día del castigo, no se conmueve por sus reproches porque ve que tarde ó temprano ha de llegar su día (1).

«Pero entre tanto, se dirá, Dios colma de bienes á los malvados é impone á los justos terribles penalidades, y aun cuando este desórden so-

(1) *Psalmo xxviii 13,*

o durara brevísimos instantes, bastaria para sostener que hay en él mucho de injusto. Desemgañemonos cristianos, y penetremos la diferencia existente entre bienes y malos, por lo mismo que los hay de dos especies completamente distintas; pues hay bienes y males confundidos que dependen exclusivamente del uso que hagamos de los mismos. Por ejemplo, la enfermedad es un mal; mas podemos convertirla en un bien incomparable, si logramos santificarla por medio de la paciencia: la salud es un bien; mas podemos convertirla en un mal peligrosísimo, si la empleamos en la disipacion. Tales son los bienes y los males confundidos que participan de la naturaleza del bien y del mal, y que se convierten en mal ó en bien segun el uso que se hace de los mismos.

«Téngase en cuenta, sin embargo, que el omnipotente Creador, tiene en los tesoros de su bondad un bien supremo que jamás puede convertirse en mal: este bien es la felicidad eterna; y además tiene tambien en los tesoros de su justicia, ciertos males extraordinarios que no pueden convertirse en bien para aquellos que los sufren, y estos males son los suplicios de los reprobos. La regla de su justicia no permite que los malvados gusten en tiempo alguno ese su-

premo bien, ni que los buenos deban padecer los tormentos eternos: por esto cuando llegue la ocasion pronunciará la sentencia que le dicte su juicio; pero en cuanto á los bienes y males que se confunden, los dispensa indiferentemente á los unos y á los otros.

«Esto sentado se comprende fácilmente que esos bienes y esos males supremos corresponden á la época del juicio final, de los discernimientos generales, en la cual los buenos serán separados para siempre jamás de la sociedad de los impíos, y que esos bienes y esos males confundidos, hállanse equitativamente distribuidos de la mezcla que formamos, «porque dice San Agustín, era verdaderamente indispensable que la justicia divina, predestinara ciertos bienes á los justos, bienes que no deben disfrutar los malvados en tiempo alguno y que preparara á estos ciertas y determinadas penas que no deben experimentar jamás los buenos.»

«Esto es lo que constituirá en el último día el discernimiento eterno, mas en tanto llega el tiempo prefijado, en este siglo de confusion en que yacen mezclados los buenos y los malos, es indispensable que los males y los bienes sean comunes á los unos y á los otros, á fin de que el mismo desórden que de elle resulta, mantenga

auspicios á los hombres de la postrera é irrevocable decision.

«Cuán divinamente ha celebrado el santo, el divino Psalmista, esta bella distincion de los bienes y de los males! «He visto, dice, en la mano de Dios, una copa llena de tres licores: es el «primero vino purísimo; el segundo vino mezclado; el tercero lo forman las heces.» ¿Qué significa el vino puro? El júbilo de la eternidad, júbilo que no altera mal alguno; alegría que no enturbia el más ligero pesar. En cambio ¿qué significan esas heces sino es el suplicio de los réprobos, suplicio que no puede templar la más insignificante dulzura? Y este vino mezclado ¿qué representa más que esos males cuya naturaleza puede hacer cambiar el uso, tales cuales en la vida presente los experimentamos? ¿Qué bella distincion de bienes y males la cantada por el profeta, y qué sabia distribucion la llevada á cabo por la divina Providencial Hé ahí los tiempos de mezcla, los tiempos de méritos, durante los cuales es preciso ejercitar los buenos para experimentarlos, y sufrir á los pecadores para esperarlos: que se derramen en esa mezcla esos bienes y esos males mezclados de que saben aprovecharse los sábios, y de los cuales abusan los insensatos; mas téngase entendido que esos

tiempos de confusión acabarán. Venid espíritus puros, espíritus inocentes, venid á saborear el vino puro de Dios, la felicidad sin mezcla. Y vosotros pecadores empedernidos, malvados eternamente separados de los justos, han concluido para vosotros la felicidad, los juegos, los banquetes, los goces mundanos, venid á apurar la amarga copa de las divinas venganzas (1). Contemplad el discernimiento que separará todas las cosas por medio de una sentencia definitiva é irrevocable.

«¡Cuán grandes son vuestras obras; Cuán justas y verdaderas vuestras alegrías, oh Señor Dios Omnipotente! ¡Quién será el que no os bendiga? ¡Quién el que no os alabe oh Rey de los siglos (2)!» ¡Quién dejará de sentirse admirado al considerar vuestra prudencia; quién será el que no tema vuestros juicios! ¡Ah! verdaderamente el hombre insensato no entiende tales cosas y el loco no las conoce (3); «solo vé lo que le conviene y se engaña (4).» Por que vos habeis de-

(1) Psalmo LXXVI 9.

(2) Apoc. XV 3 4.

(3) Salmo XXXI 4.

(4) Sap. II 21.

terminado, oh arquitecto ecelsio, que no pudiera contentarse la belleza de vuestro edificio, mientras no le hubiéssis dado por completamente concluido, y vuestro Profeta ha predicho « que sólo en el último día podría comprenderse el misterio de vuestro consejo (1).»

«Mas entonces será demasiado tarde para sacar provecho de un conocimiento tan necesario; anticipemos al momento predicado; asistamos con los ojos del espíritu al espectáculo del último día, y situados cabe el dintel del tribunal á cuya presencia compareceremos, contemplemos las cosas humana. En este temor, en este espanto, en el silencio universal de la naturaleza entera, ¡qué terrible efecto han de producir las carcajadas arrancadas por el raciocinio de los impíos que hayan perseverado en el crimen, al ver la impunidad de otros criminales. En cambio ellos mismo quedarán sorprendidos al considerar que esta pública impunidad les anunciaba en altas voces el extremo rigor de este último día. Sí, yo acudo al testimonio de Dios vivo, que da en todos los siglos pruebas manifiestas de su venganza; los castigos egeplares que impone á algunos, me

(1) Jerem. XXXI 26.

parecen ménos terribles que la impunidad de todos los demás. Si castigara en la tierra todos los crímenes que en ella se cometen, juzgaría agotada su justicia, y no abrigaría el fundado temor de un juicio más temible. Mas al presente su propia dulzura, y hasta su proverbial paciencia, no me dejan la menor duda con relacion al gran cambio que debemos presenciar. Nó, las cosas no ocupan todavía el lugar que las corresponde: Lázaro, siquiera inocente, sufre áun, el mal rico, no obstante su culpabilidad, disfruta el lugar que les corresponde, este estado es violento y no puede durar siempre. No feis en ellos, hombres del mundo, es indispensable que cosas cambien. Y en efecto, fijaos en lo que sigue: Hijo mio, durante tu vida has tenido solamente motivos de satisfaccion al paso que Lázaro no los ha tenido más que de de pena. Semejante desorden podia tolerarse durante el tiempo de confusion, y miéntras Dios estaba preparando una gran obra; mas bajo el dominio de un Dios bueno y justo, era imposible que semejante confusion se eternizara. Hé ahí porque, prosigue Abraham, ahora que habeis llegado ambos al lugar de vuestra eternidad, va adietarse una nueva disposicion, en virtud de la cual cada cosa ocupará el sitio correspondiente. La pena se-

guirá constantemente al culpable que se ha hecho digno de ella, y al justo que lo hubiese esperado, serále concedido el consuelo. Tal es el consejo de Dios expuesto fielmente por su Escritura.

II.

Si por tan elocuente manera justificaba Bosuet los propósitos de la Providencia, no se ocultaban á su mirada ciertos rincones ocultos y determinados pliegues escondidos. Así se explica que el magnífico acto de fé, que acabamos de escuchar, parezca turbarse su espíritu cual si se hallará en presencia de un enigma impenetrable, y exclame en consecuencia: "Cuando llamando á juicio los recuerdos de todos los siglos que fueron, veo en manos de los impios las grandezas de la tierra; los hijos de Abraham y el único pueblo que adora al verdadero Dios,

relegado á Palestina, pequeño rincón del Asia, rodeado por las monarquías soberbias de los orientales infieles; y, viniendo ya á algo que de más cerca nos interesa, cuando contemplo á este enemigo declarado del nombre cristiano sostener por medio de las armas las blasfemias de Mahoma contra el Evangelio; someter á la media luna la cruz de Jesucristo nuestro Salvador; disminuir diariamente la cristiandad, merced á la fortuna de sus armas, y considero además que no obstante haberse terminantemente declarado en contra de Jesucristo, este sabio dispensador de coronas, lo contempla desde lo alto de los cie-
los ocupando el trono de Constantino

¿Hemos de temer que ante semejante espectáculo la fé de Bossuet vacile, y se arrepienta y retracte de las protestas que constituyen el himno de adoracion que acaba de cantar? De ningún modo y en prueba de ello continuemos pres-
tándole atencion. "Cuando considero que el verdadero Dios no vacila en abandonar á sus enemigos tan vastos y dilatados imperios, cual si fuesen presentes de escaso valer, comprendo fácilmente que no debe hacerse gran caso de tales favores, así como de los bienes que concede para la vida presente. Y tú, vanidad y grandera humana, triunfo de un solo día, soberbia nada,

¿cuán pequeña y despreciable me pareces al contemplarte bajo este concepto (1)!" La eternidad, esta es en efecto la última palabra de los juicios de la Providencia. Sin esta salida la vida se acaba, más no se desenlaza, los destinos humanos no tienen verdadero acabamiento, y Dios continua sometido á acusacion.

Mas en tanto que semejante solucion se realiza ¿nada podremos decir, en descargo de la responsabilidad divina, en el feliz resultado que alcanzan los malvados?

Empezemos desde luego por consignar que la adversidad no hace distincion de personas, y que las probabilidades de la mala fortuna son por lo ménos iguales para los buenos y para los malos. En tiempo de hambre no solo los inocentes son los que sucumben á la necesidad, del mismo modo que cuando la guerra pasea por campos y ciudades, no basta con ser malvado para escapar á sus horrores.

"No, nadie ignora que las balas no elijen á sus victimas Si el hombre de bien padeciera por ser hombre de bien, y el malvado padeciese porque es malvado, el argumento no ten-

(1) Jerem 23.

dria solucion, mas desde el instante en que se supone que el bien y el mal se hallan distribuidos indiferentemente entre los hombres, cae por tierra completamente desacreditado (1)."

Y téngase en cuenta que esta indiferencia absoluta de la reparticion del bien y del mal no existe. Al hacer la enumeracion de los dolores humanos, espanta el ver la parte que le corresponde á las pasiones, precisamente porque de ellas proceden, y las lágrimas vertidas por la dissipacion, por la pereza reducida á la miseria, por el orgullo desengañado, por la cólera y la injusticia condenadas á las expiaciones; comparadas con las que vierten las virtudes opuestas, forman un contraste elocuente, demostrativo en favor de la justicia de Dios en el tiempo. La desgracia no fué el crisol de donde hizo brotar los santos, la Providencia podria aplazar perfectamente las compensaciones que le reserva, sin necesidad de desaparecer de la escena, puesto si se oculta frecuentemente imponiéndola á la virtud, se patentiza con más frecuencia empleándola en el castigo del vicio. Y esto que es evidéntisimo; considerado el hombre aisladamente,

(1) De Maltras.

lo es más aún cuando se fija la atencion en esas agregaciones de hombres que se llaman sociedades. Cuando los individuos son inmortales, Dios puede sobreeser, sin perjuicio de proceder de nuevo llegada la hora de la justicia eterna; mas como las naciones son perecederas, es menester que su juez se apresure á fin de que no eludan tales leyes: "La justicia eleva las naciones, y el pecado hace miserables á los pueblos (1). Tal es la razon de que los pueblos no mueran rodeados del prestigio de la gloria inmerecida, siendo en cambio muy frecuente el que pasen ántes por un dilatado periodo de decadencia que venga á compensar los escándalos de su elevacion; en tanto que el individuo culpable perece ocupando un lugar distinto del que le corresponde, porque basta la tumba para volverle al que realmente merece.

¿Qué pretenden, pues, los espíritus descontentadizos á quienes no satisface semejante orden? ¿Una ejecucion inmediato contra el mal y la apoteosis instantánea del bien? Mas semejante economia no tenderia á otra que cosa más á la destruccion de la libertad, de la moralidad hu-

(1) Prov. XIV.

muna, y del trastorno de la misma naturaleza física.

Supóngase, que en virtud de una disposición divina deba caer la mano del ladrón en el instante mismo en que en acaba de cometer un robo. ¿Qué sucedería en tal caso? Que el ladrón se abstendría de robar, como de poner su mano debajo del hacha del verdugo (1). Es decir, que todo sería resultado de la opresión de la espontaneidad, y por consiguiente de la ciencia.

Supóngase, en cambio, que en cuanto se lleve á cabo un acto de virtud, ha de descender del cielo un ángel, con el exclusivo objeto de recompensarlo. En este caso lo que resultaría sería llevar á cabo buenas acciones, de la misma manera que se elaboran productos de primera calidad para obtener el galardón, especialmente si este es muy preciado y valioso. La recompensa inmediata y milagrosamente visible de los actos virtuosos, sería el término de la virtud meritória.

A más de que, cuando descargue la nube cargada de pedrisco, ¿será menester que este se mantenga en el aire para que no resulte des-

(1) De M^oistro.

truida la viña del justo? Y cuando rueda el alud desde la cumbre de la montaña ¿deberá detenerse en presencia del hombre de bien que atraviesa su camino? Y cuando tenga lugar un naufragio, ¿los buenos deberán salvarse necesariamente aún cuando no sepan nadar? Y si descarrila un tren, ¿sólo habrán de estar expuestos á las consecuencias del choque los perversos y los impíos? De manera, que los incrédulos que no admiten ni la existencia ni la posibilidad de los milagros, quisieran que Dios los estuvieran realizando incesantemente, para no abrigar la menor duda respecto de su intervencion en las cosas de la tierra. Exagerad lo falso y resultará lo absurdo.

¡Cuánto más profunda y luminosa es la doctrina de la fé! Dios hace salir el sol, dice San Agustín, para los buenos y para los malos, mas si los bienes de esta vida les son comunes, en cambio, en la vida futura existen otros de los cuales no podrán participar los pecadores, así como hay males de los que los buenos estarán siempre libres, resultando con ello restablecido el equilibrio. Hay más aún, la comunidad de bienes y de males no ofrece idénticos resultados para los primeros y para los segundos, porque bajo el imperio de una misma adicción, el vicio

blasfema, la virtud ora, de la propia suerte que bajo la acción del mismo fuego, la leña se consume y el oro brilla con mas esplendor (1).

Por lo demás, respecto del particular, la antigüedad pagana ha tenido intuiciones, y ha dado testimonios capaces de abochornar el racionalismo contemporáneo. Séneca escribió un tratado famosísimo bajo el título siguiente, verdaderamente digno de llamar la atención: «¿Por qué motivo ya que existe una Providencia, las gentes honradas se ven sometidas al infortunio? Y se contesta:

«Porque entregando los hombres virtuosos á los embates del infortunio, Dios les trata con un cariño verdaderamente paternal, puesto que trabaja en hacerlos dignos de él, les purifica, les fortalece los prepara para sí. *Sibi illum preparat.*

«Porque, propiamente hablando, no existe verdadero mal para el justo, puesto que la prueba es para él tan necesaria, como la lucha para el atleta y la guerra con sus peligros para el soldado.

«No debe sorprendernos, continúa, que Dios

(1) Cicerón, *De Div.* lib. I. *Insimul enim et iniquum et iustum*

que ama á los buenos, les conceda la fortuna como adversarios, por lo que á mí toca, nada halla mas hermoso que esta lucha. El hombre fuerte que lucha con la desgracia, es un lidiador digno de la contemplación de Dios.»

Y Séneca, sin dejar de la mano la historia continúa haciendo la apología de la Provincia, que opone, á título de correctivo los héroes á los criminales: es decir, Múcio á Porsena; Fábio á Pyrro; Régulo, esclavo de su juramento, á Mecenas, esclavo de la disipación; Rutilio, en fin, prefiriendo el destierro y desdenando el perdón de Sylá; al mismo Sylá triunfando merced á sus malas artes. De suerte, que sobre la tierra, la virtud se ve con frecuencia oprimida; pero siempre está presente, porque si Dios abandona á la libertad los movimientos del mundo, no se ausenta jamás.

Cuando se considera que tales cosas se han escrito en Roma, en tiempo de un emperador como Neron, no puede ménos que producir admiración profunda el espectáculo de convicciones mucho más arraigadas que las crueldades de las crueldades de los Césares, y las debilidades de semejante periodo de decadencia. Pero, sobre todo, aumenta la compasión que inspiran los hombre de nuestro tiempo, el que, después de

diez y ocho siglos de cristianismo no acierten á descubrir la señal del dedo de Dios en los acontecimientos que han transformado el universo.

¡Cuánta mayor filosofía se encerraba en la sabiduría de David! Porque no es de nuestros tiempos la existencia de semejante problema, y en las siguientes palabras podemos ver la manera como expresaban sus angustias los reyes y los profetas, y la solución que daban por su parte á dicho problema.

«Yo he sentido celos contemplando la paz de los pecadores. Su iniquidad ha parecido brotar de su abundancia; su boca ha blasfemado contra el cielo, hánse aumentado sus riquezas; ha crecido en gran manera su importancia en el siglo. Y yo, en cambio, en vano he justificado mi corazón, y lavado mis manos en medio de los inocentes; toda mi vida he sufrido los rigores de la flagelación, y mi suplicio comenzó muy temprano. He tratado de penetrar semejante misterio; pero mi razón ha sucumbido en la empresa; mientras no he penetrado en los designios de Dios..... y en tanto no he llegado á comprender el postrer destino de esos pretendidos dichosos. *Donec in telligam in novissimis eorum* (1).

(1) Salmo xci 6

Por consiguiente, todo el misterio se reduce á saber aguardar á que se complete la economía de estas palabras: «He visto al impio elevado sobre la tierra como los cedros del Líbano, pero no he hecho mas que pasar, y habia desaparecido, y hasta se habia borrado la huella de su paso.»

Tal es el primer grado de la justicia divina.

«Cuanto mas tiempo haya permanecido el pecador en el seno de las delicias, tanto mayor será el que viva en los tormentos.

Este es el segundo,

Para no creer razonable este orden, es indispensable dejar de prestar crédito á la propia razón.